

En síntesis, la obra constituye un aporte completo y muy bien documentado sobre un período importante de la política bonaerense y nacional, expresado en forma clara y precisa.

ARIEL ALBERTO EIRIS

MIGUEL ANGEL DE MARCO, *La guerra de la Frontera. Luchas entre indios y blancos 1536-1917*. Buenos Aires, Emecé, 2010, 558 pp.

El conflicto plurisecular que enfrentó a los europeos y a sus descendientes criollos con las sociedades indígenas de la pampa argentina constituye uno de los rasgos distintivos de la historia nacional que atravesó todas sus etapas. Esta centralidad histórica de una guerra a la vez étnica y cultural es la que rescata la reciente obra de Miguel Ángel De Marco *La guerra de la Frontera. Luchas entre indios y blancos 1536-1917*, donde el autor documenta, a la vez con detalle y un gran esfuerzo de síntesis, sus etapas, episodios y características más relevantes.

Los primeros capítulos del libro están dedicados a presentar una visión general de los antecedentes coloniales del conflicto: la llegada de los españoles al Río de la Plata, el proceso de colonización en el litoral y en el interior, las experiencias jesuíticas en las fronteras y la legislación indiana relativa al tratamiento de los naturales. Las transformaciones sociopolíticas y económicas originadas en la creación del Virreinato y la aparición en la región pampeana del proceso conocido como “araucanización” procedente de los indígenas de Chile son los procesos que, como se advierte en el desarrollo del libro, comienzan a otorgar a los enfrentamientos entre *cristianos* e *infieles* un nivel cada vez mayor de continuidad y de violencia. De Marco detalla durante el siglo XVIII –que, sin embargo, concluye con una relativa calma instalada por el virrey Juan José de Vértiz (1778-1784)- episodios de memorable crueldad, como la campaña punitiva del mariscal de campo Juan de San Martín y la matanza de indios y cristianos ocurrida en Sierra de la Ventana, en la que pereció el brillante piloto español y explorador de las costas patagónicas, Basilio Villarino.

Las invasiones inglesas, la Revolución de Mayo y las guerras revolucionarias y civiles parecieron abrir una nueva etapa en las relaciones blanco-indias tal como se las describe en *La guerra de la Frontera*. El autor expone

cada una de estos ciclos a través de algunas de sus acciones más célebres: la participación de los indígenas en la defensa de Buenos Aires (1807), la excursión del capitán Pedro Andrés García a los indios pampas luego de la formación del gobierno revolucionario, las negociaciones de José de San Martín con los indígenas del sur mendocino previas a sus operaciones para el cruce de los Andes (1816) y el feroz e injustificado ataque al pueblo de Salto por un contingente de indios y montoneros al mando del militar y político chileno José Miguel Carrera durante las guerras civiles entre Buenos Aires y el litoral (1820).

El de Salto, se advierte, fue apenas una de las acciones más violentas de una zaga que se repetía y extendía a todas las regiones fronterizas de las Provincias Unidas en camino a conformarse como la nueva nación argentina: la guerra revolucionaria y la descomposición de la administración colonial española acarrió la multiplicación de los enfrentamientos con los indígenas en los bordes del Chaco –Salta, Santiago del Estero- en Santa Fe y en las provincias cuyanas. Ese incremento de las luchas se originaba, como se desprende de la lectura del libro de De Marco, tanto en la incapacidad de las nuevas autoridades para reunir los hombres y los medios necesarios para enfrentar a los indígenas –recursos empleados, primero, en la guerra contra las autoridades españolas, y poco después en los conflictos interprovinciales- como así también en la avidez creciente de los blancos por extender su control sobre tierras y ganados, recursos cada vez más necesarios y disputados por la angustiosa situación del comercio y de la producción en las anárquicas provincias argentinas.

Ello explica que todos los intentos de consolidación de un poder más centralizado y eficaz por parte de los dirigentes criollos se hayan visto acompañados, a su vez, de un esfuerzo paralelo por consolidar la frontera con los indios y, en lo posible, por someterlos al control definitivo de las nuevas autoridades. Con profusión de detalles y precisiones, el autor señala y describe los períodos de acentuación de la lucha en la década de 1820 –correspondiente a la organización de los poderes provinciales tras la crisis de ese año- durante la *Campaña al Desierto* de Rosas (1833) –primer intento preconstitucional de conformar una laxa autoridad central-, a lo largo de las décadas de 1850 y 1860 -decisivas para la organización definitiva del Estado nacional- y, por último, en el transcurso de las cruciales acciones militares que terminarían de configurar el territorio argentino con la incorporación de los territorios pampeanos, patagónicos y chaqueños, impulsadas en mayor

media por la actuación de Julio Argentino Roca, primero como ministro de guerra de Nicolás Avellaneda (1878-1880) y luego como presidente de la Nación durante su primer período de mandato (1880-1886).

El relato de *La guerra de la frontera* se ciñe muy estrictamente y con detalles de espléndido rigor a los episodios tanto militares como políticos de las relaciones entre blancos e indios como de las cambiantes coyunturas del naciente Estado nacional argentino; se adentra menos en sus contextos socioeconómicos y culturales pero presenta una extensa lista bibliográfica al final de cada uno de los capítulos que ayuda a consolidar una mirada más amplia y, a la vez, más precisa, si cabe, sobre los episodios de armas y sobre los —cada vez efímeros— tratados de paz entre indios y cristianos.

Las penosas incidencias cotidianas de las fuerzas en pugna, en particular las de los milicianos y soldados de línea criollos, constituyen otro de los aspectos muy enfatizados por *La guerra de las Fronteras*. Desperdigadas en enormes extensiones, libradas a su sola suerte sin refuerzos, sin alimentos ni agua y sin instrumentos de guerra, las expediciones y las guarniciones cristianas se estrellaban con la inflexible superioridad de los indios, que conocían sus movimientos, el terreno de operaciones y, sobre todo, las cambiantes luchas intestinas entre sus enemigos, que debilitaban o anulaban todos sus esfuerzos —del mismo modo que la convocatoria a un congreso en Buenos Aires puso fin inesperado a los esfuerzos de Martín Rodríguez por aniquilar a las parcialidades que asolaban las estancias del sur bonaerense—. Sólo la modernización irresistible del Estado argentino después de 1860 —que proporcionó armas y tácticas nuevas, comunicaciones y ferrocarriles— y, sobre todo, la gradual supresión de las tensiones político-militares internas que venía sufriendo desde su gradual conformación luego de las guerras civiles, permitieron poner fin a la lucha que tan eficazmente sostuvieron, durante siglos, los nativos pampeano-patagónicos y chaqueños.

Esa eficaz resistencia de las sociedades indígenas alumbró en ellas liderazgos políticos y miliares descollantes: Painé, Mariano Rosas, Catriel, Coliquei, Pincén y, por sobre todo, Calfucurá —a cuya figura el autor dedica un capítulo entero— que jugaron un papel decisivo en el desarrollo de las luchas de frontera, equivalentes al de verdaderos jefes de Estado. Este encumbramiento de los jefes nativos invita a pensar que la enorme gravitación que tuvieron las relaciones políticas y culturales entre blancos e indios en la nueva configuración de sus sociedades no podría comprenderse sin considerar, además, el aporte material y organizativo de los cristianos, y el efecto

que el mismo tuvo en el intenso y continuo proceso de mestizaje recíproco

Por su rigor histórico, su abundante información —que recopila, sintetiza y agrega nuevos datos— y, sobre todo, por el sugerente aporte realizado a otras formas de interpretación de las relaciones socio-culturales entre blancos e indios, *La guerra de la Frontera. Luchas entre indios y blancos*, de Miguel Ángel De Marco, constituye una obra enriquecedora para la investigación histórica y para el público lector en general.

ROGELIO C. PAREDES

DARDO PÉREZ GUILHOU, *Los enemigos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2010, pp. 92.

En el presente trabajo, el doctor Dardo Pérez Guilhou, miembro de las academias nacionales de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas, se propone enriquecer la interpretación sobre el proceso revolucionario de 1810, al estudiarlo desde la perspectiva contrarrevolucionaria de la época a través del análisis de testimonios de diversos personajes contrarios al proceso revolucionario.

La obra está organizada en tres capítulos, pues radica en el origen de los testimonios que presentan. El primero, “Los funcionarios peninsulares en el Río de la Plata”, analiza la revolución desde testimonios de los mandatarios peninsulares, tanto civiles como militares, que se encontraban en el Río de la Plata. Entre ellos se destacan el comandante del Apostadero Naval de Montevideo, José María Salazar, y los virreyes Baltasar Hidalgo de Cisneros, del Río de la Plata, y José Fernando de Abascal, del Perú. También se incluyen misivas o informes procedentes de la Real Audiencia.

A través de ellos el autor ilumina sobre distintos temas ampliamente discutidos en la historiografía argentina: la teoría de la “máscara de Fernando VII”, el origen de las ideas revolucionarias, el carácter independentista y popular de la revolución, los actores socio-políticos involucrados en el movimiento, los episodios de “terror” acaecidos, y el fenómeno de criollofobia entre los peninsulares. Sobre todos estos tópicos, Pérez Guilhou alcanza conclusiones muy interesantes y reveladoras.

En el segundo capítulo “Los anónimos realistas”, el autor desarrolla otros temas como las probables causas del movimiento revolucionario, la